

**“Nada menos que todo un gaucho”:
la presencia de William Henry Hudson
como emblema en la obra de Luis Franco**

Eva Lencina
Universidad Nacional de Tucumán - CONICET
Argentina

VI Jornadas del Norte Argentino de Estudios Literarios y Lingüísticos “Territorios de la memoria”, organizadas por las Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy y el Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCYT), llevadas a cabo el 14, 15 y 16 de septiembre de 2016.

Introducción

William Henry Hudson (1841-1922) es un autor en lengua inglesa. Si bien nació y se crió en Argentina, vivió en Londres la mayor parte de su vida. Se consideraba a sí mismo un escritor inglés e ideológicamente un súbdito de la corona. Las condiciones de su crianza en el entorno rural pampeano (en Quilmes y Chascomús), así como la temática criolla de muchas de sus obras, fueron acentuadas por la recepción argentina, desde donde se reivindicó el origen “gaucho” de Hudson y se convirtió al autor en una suerte de emblema de la cultura nacional, comparable con figuras como Sarmiento, Hernández, Lugones o Güiraldes.

En Argentina, su recepción comenzó póstumamente en la década del veinte y la puesta en valor de su figura se produjo a fines de los años treinta con las primeras traducciones de su obra¹. A lo largo del siglo XX, diversos sectores del campo intelectual argentino hicieron uso de Hudson como emblema cultural de la identidad nacional, en especial a través de las lecturas críticas de autores canónicos como Jorge Luis Borges, Ezequiel Martínez Estrada, Horacio Quiroga, Luis Franco y Ricardo Piglia, quedando la crítica en la década del cuarenta dividida entre la esfera de la revista *Sur* (desde donde escribirán Borges y Martínez Estrada) y la revista *Babel* (donde escriben Luis Franco y Samuel Glusberg, una publicación parcialmente exógena al campo

literario argentino por editarse desde Santiago de Chile). Mientras Borges lee a Hudson desde cierta cercanía a la oligarquía criollista (clase desde donde se esperaría mayor interés por reivindicar una visión anglosajona de la identidad nacional), autores como Martínez Estrada y Franco se relacionan con su obra desde un sistema de afinidades distinto, basado en una empatía espiritual y poética con el pensamiento de Hudson.

Pretendemos en esta investigación un primer acercamiento a la lectura emblemática de la obra de Hudson que, en el campo intelectual argentino de la década del cincuenta, lleva a cabo Luis Franco a través de diversos textos publicados entre 1937 y 1968, aunque haciendo hincapié en la culminación de su labor como crítico hudsoniano, con la publicación en 1956 de su bucólico ensayo biográfico, *Hudson a caballo*. A su vez, daremos cuenta de cómo en esta representación discursiva de Hudson funciona tanto la postura marxista propia de la obra de Franco, como ciertas formaciones imaginarias provenientes del criollismo que permitieron un proceso de apropiación cultural del autor inglés por parte del campo intelectual argentino, así como la derivada de la participación de Franco en el círculo intelectual de Samuel Glusberg.

Sobre Luis Franco y su admiración por Hudson, “el único verdadero sentidor de la pampa”

Luis Leopoldo Franco (1898-1988) fue un poeta y ensayista argentino que desarrolló la mayor parte de su extensa labor desde Catamarca, su provincia natal, practicando una estética modernista y telúrica que complementó con su pensamiento socialista y cercano al trotskismo². Fue un prolífico ensayista, con más de tres decenas de obras publicadas, entre las cuales destacaremos dos ramas principales: aquella dedicada a la literatura, con obras sobre Walt Whitman, Esquilo, Shakespeare y el mismo Hudson; y aquella dedicada al ensayo de interpretación nacional, centrada en las figuras de Sarmiento y Rosas y con una marcada influencia del materialismo histórico y de la tradición sarmientina de ensayística nacional. Por otro lado, sus poemarios llevan

títulos referentes al pueblo y a la tierra, como *La flauta de caña* (1920), *Coplas del pueblo* (1920-1926), *Los trabajos y los días* (1928) o *Catamarca en cielo y tierra* (1944), mientras que el poeta a menudo hace uso de formas poéticas populares, como la copla, la canción y la zamba, sin serle ajenas las formas cultas. Su obra mantuvo siempre un marcado tono bucólico en correlación con la naturaleza como eje temático principal.

Si bien fue contemporáneo a la generación posmodernista, vinculada a la revista *Nosotros* y anterior al auge del martinfierrismo, Franco pertenece a un momento de transición entre generaciones literarias: por su situación excéntrica con respecto al campo intelectual (escribió principalmente radicado en Catamarca con espaciadas estadias en Buenos Aires) y por su carácter reacio a las filiaciones institucionales, no puede relacionárselo estrechamente con ningún grupo o generación literaria. Según Moreno (8), “No lo podemos incluir dentro de ninguna generación literaria, no perteneció ni pertenece a ninguno de los núcleos intelectuales de nuestro medio. Tampoco es posible filiarlo en tal o cual escuela”. Sin embargo, es posible situar a Franco entre la serie de poetas justa y altamente reconocidos en su época pero sistemáticamente relegados por generaciones críticas posteriores y que abarca autores como Almafuerte, Baldomero Fernández Moreno, Conrado Nalé Roxlo, Arturo Capdevila, Ricardo Jaimes Freyre y Enrique Banchs, “el más claro poeta del castellano moderno”, como lo llama Franco en la dedicatoria de la obra que nos ocupa. Con respecto a la autoimpuesta marginalidad de Franco, Daniel Campione, en el estudio preliminar de la edición de *La pampa habla*, se refiere al poeta en estos términos:

Luis Franco fue un intelectual rebelde, marginal en buena medida por propia decisión. El haber recibido elogios de Leopoldo Lugones en su primera juventud por su obra poética, o de Roberto Arlt, más tarde, o que se le hayan otorgado algunos premios, no lo disuadió de volverse a vivir durante largo tiempo a su pueblo natal, Belén, de Catamarca, a trabajar en tareas rurales. [...] Su formación en gran parte autodidacta y su completo extrañamiento de los ámbitos académicos le aseguraban, a su juicio, independencia intelectual. Hizo un culto de la vida austera, de lanzar sus libros en pequeñas editoriales vinculadas a la izquierda, de no comprometerse con el poder

económico, político y cultural en sus diversas formas. (Franco, 2008:10)

Es destacable también, como parte de la caracterización de la obra de Franco en el campo literario de su época, el elogio que de él hiciera Leopoldo Lugones:

*Este poeta Luis Franco nació con la facilidad, que es un don del ala. Canta como el pájaro, por llamamiento de la naturaleza. [...] He aquí, pues, un poeta pagano que ama la vida y la canta porque la siente bella en la delicia de su amor. (1923, Diario *La Nación*, el énfasis es nuestro. Franco, 1959: 220-222).*

Este comentario en particular nos interesa, pues la aparente sencillez y desenvoltura en su estilo literario plantea una primera similitud con la figura de Hudson, de quien recordaremos que Joseph Conrad alguna vez dijo, sobre la facilidad con la que brotaban para él las palabras: “He writes as the grass grows” (“Escribe como crece la hierba”. Ford, 5). La naturaleza como eje temático dominante y el estilo desenvuelto aparecen como los primeros puntos de contacto entre los autores que nos ocupan.

Recordemos el entusiasta elogio de Lugones a Franco para hacer la siguiente aclaración con respecto al campo literario argentino de la primera mitad del siglo XX. En la década del veinte, al comienzo de su carrera literaria en Buenos Aires, Franco formó parte de un círculo literario presidido por la figura ya consagrada de Leopoldo Lugones y del cual formarían parte también Horacio Quiroga, Samuel Glusberg y Ezequiel Martínez Estrada. Tarcus, en la introducción al libro en que recopila su epistolario cruzado, denomina a este grupo como “hermandad” (siendo Lugones el padre, Quiroga el hermano mayor y los otros tres, jóvenes por ese entonces, los hermanos menores). A fines de la década del treinta fallecerían Quiroga (1937) y Lugones (1938) y los tres miembros restantes seguirían distintos rumbos: Glusberg se radica en Santiago de Chile a partir de 1935, desde donde continúa en 1939 con la publicación de *Babel*, ayudado desde Catamarca por Franco, mientras que Martínez Estrada se acercaría con el tiempo al círculo de intelectuales nucleados en torno a la revista *Sur* de Victoria Ocampo.

Resulta sencillo reconocer la influencia que William Henry Hudson ejerció en la obra de Franco, en especial a través de una inspiración temática, pues en ambos autores la naturaleza es un motivo recurrente. Moreno acierta en mencionar a Hudson junto a Thoreau entre las influencias principales de Franco (11). En 1953, a propósito de la reciente publicación de *Biografías animales*, el diario *La Nación* publica un efusivo comentario sobre esta obra de Franco, relacionando su prosa con la de Hudson y Quiroga, otro autor que hizo de la naturaleza argentina un tema obsesivo de su literatura:

Guillermo Hudson y Horacio Quiroga sentirían de fijo orgullo y ternura frente a este libro y hablarían de él con las palabras de ponderación, con las palabras fraternales que el poeta de *La flauta de caña* suscitó en el espíritu de Leopoldo Lugones [...]. *Biografías animales* tiene como las páginas hermanas del quilmeño y del hijo adoptivo de Misiones, la inocencia y el deslumbramiento que hacen livianas y felices las conclusiones de la reflexión y los hallazgos de la sabiduría (Moreno, 14).

También Juan Millán reconoce la influencia de Hudson en la obra poética de Franco, pero en este caso planteando una influencia concreta:

El poeta de SUMA me hace recordar al “Niño-Diablo” de Hudson: su mirada, su oído, su olfato parecen dotados de la fineza y la certeza infrahumanas y mágicas de los animales salvajes. Las ciencias intransmisibles del rastreador y del baquiano parecen suyas, y, claro, también las del cantor. (Y ya veremos que igualmente la voluntad libertaria del gaucho alzado). (18)

Es probable que la empatía que atrajo a Franco hacia la obra de Hudson partiera de una cierta similitud en el origen y la infancia de ambos escritores. Hudson creció en la pampa argentina durante el siglo XIX, entre Quilmes y Chascomús³, en pleno contacto con la naturaleza, con escasa educación formal y libre para desarrollar su interés por pájaros y plantas. Su hogar se encontró siempre rodeado por la inmensidad de la pampa, alejado de toda urbanización. El pequeño Hudson creció explorando los alrededores, en continuo contacto con las tareas de campo. Paralelamente, Luis Franco

es originario de Belén, Catamarca, un pueblo que a principios del siglo XX se encontraba geográfica y culturalmente aislado del resto del país. Allí, en el seno de una familia humilde, el autor creció dedicado a las tareas de campo. También fueron obsesión de Franco los pájaros, como narra en una anécdota sobre su niñez:

Siendo yo muy niño, me atraían los pájaros, había pocos libros en mi casa. Pero un día, en el aula escolar, un maestro nos leyó en clase un fragmento del *Facundo* de Sarmiento. A partir de ahí, me hice muy estudioso, llegué a ser el número uno de mi grado. (Farías, 280)

Resulta interesante la intersección en la que Franco sitúa su despertar intelectual: entre el mundo de los pájaros, que también frecuentara Hudson, y el universo sarmientino que el autor luego abordaría por su propia cuenta en numerosos ensayos. Es decir, entre la barbarie contemplada por la dimensión natural y la civilización, cifrada por excelencia en la estampa de Sarmiento inspirando a un joven colegial.

“Presencia de Hudson” (1937)

El primer texto referido a Hudson que produce Franco es “Presencia de Hudson”, una composición poética breve publicada por primera vez en 1937 en la *Revista de la Sociedad de Escritores de Chile*⁴. Consta de cinco estrofas en las que el poeta imagina la vida de Hudson en la pampa, su amistad con los gauchos, su comprensión del espíritu de la pampa y su íntima relación con plantas y animales. Esta pieza poética se inscribe igualmente en la recepción crítica que de Hudson hiciera Franco, así como en la campaña de canonización del naturalista en el campo literario argentino. Por todo esto, podríamos considerar que el poema de Franco puede ser considerado también dentro de la categoría genettiana metatextual.

Franco destaca la capacidad de penetración de la prosa hudsoniana y la compara brevemente con la de otros poetas que miran la pampa de lejos: “Pampa en cuyo perfil

se quedan los otros haciendo mañas:/tú, por el enredo de sus huellas llegaste al de sus entrañas”. Como veremos, esta es la versión lírica del mismo argumento que utilizará en su artículo de 1941, cuando acusa a ciertos poetas de “virgilianismo” y elogia la postura de Hudson, pues mientras “*éstos van de la literatura al campo, Hudson va del campo a la literatura*” (1941:61).

El poeta imagina a la Naturaleza confiando secretos a Hudson y define entonces al “hijo onanista” de la Naturaleza, que encabeza su lista de hijos descarriados. Esta categoría lírica hace referencia, según Franco, al hombre que se ha apartado de la naturaleza, del comportamiento natural (recordemos al Onán bíblico, que peca por incurrir en el comportamiento antinatural de practicar el coito interruptus) y ha separado al niño del seno materno mediante chupetes, tentándolo con dulces industriales como los bombones y deformando incluso el simbolismo bíblico con amanerados serafines). Entonces, el hijo descarriado es el hombre actual, que se ha alejado de la Madre Naturaleza y vive en sociedades civilizadas e industrializadas.

Franco utiliza la figura del gaucho como principal y único referente a la hora de definir el carácter y el espíritu del naturalista⁵, pero el formato lírico le permite llegar más allá e identificar al gaucho como la idea de hombre (“partiste la sal y la amistad con el gaucho, el hombre/que era duro y tierno a la vez como una semilla: un hombre”, 1938:159), de la cual Hudson es su máximo exponente. Así, el poeta parece dividir sus esfuerzos entre la definición del gaucho y su medio y el elogio a Hudson, pero luego aúna ambas líneas en la figura del naturalista.

Franco hace claras alusiones a la biografía de Hudson (“sufriste mucho”, 159), pero a través del recurso típico de la crítica hudsoniana de la época, que insiste en representar al naturalista como enfermo de nostalgia durante toda su vida en Inglaterra.

No puede ser casual que el poema que sigue a “Presencia de Hudson” en *Suma* se titule justamente “Long Ago” (1938:161), en clara referencia al título original de la autobiografía de Hudson (editada en Argentina por primera vez ese mismo año). Sin embargo, no es para nada explícito acerca de la influencia de Hudson, excepto por su



título. Se trata de una composición corta en la que el yo lírico habla de un pasado en el que se encuentra sumido en la naturaleza, consustanciado con ella, aparentemente al nacer o incluso antes.

“Hudson en la Pampa” (1941)

En 1941, en ocasión del centenario del nacimiento del naturalista anglo-argentino, Franco colaboró con la revista chilena *Babel*, editada por su amigo Samuel Glusberg y a la que Franco también aportaba económicamente. “Hudson en la Pampa” es el primer texto de Franco donde el poeta estudia pormenorizadamente la obra de Hudson con la intención de argumentar a favor de la vital importancia del autor dentro de las letras sudamericanas, donde lo sitúa desde un principio.

“Hudson en la Pampa” fue originalmente una de las conferencias que el autor pronunciaba en distintas universidades del país. El resultado es el texto más orgánico que Franco escribiera sobre Hudson, con una premisa que le brinda fuerza a su argumentación, a diferencia de lo que sucede con su ensayo biográfico de 1956, *Hudson a caballo*. En este extenso recorrido de más de doscientas páginas por la vida de Hudson (en la que escasa si no nula mención es hecha a su existencia posterior a su emigración a Inglaterra), Franco mezcla nuevamente episodios de la infancia y adolescencia del naturalista con largas descripciones del medio pampeano, para lo cual se acerca a una manera marxista de interpretación sociológica. En comparación con esta obra posterior, “Hudson en la Pampa” es un artículo conciso, que contiene tal vez las mejores reflexiones de Franco acerca de Hudson. Sin embargo, en tanto primera reflexión metódica sobre el naturalista, “Hudson en la Pampa” constituye el texto germinal del que nacería, quince años más tarde, la voluntad de Franco de escribir aquel ensayo más extenso.

En este artículo de 1941, Franco sienta las bases estructurales para su más extenso ensayo. Allí explica claramente su postura acerca de Hudson como gaucho y como parte fundamental de la literatura nacional y repasa los episodios más

significativos de su biografía, haciendo hincapié en su relación con la naturaleza y en el carácter “vital” de su escritura.

La revista *Babel* constituyó un importante órgano de difusión cultural y literaria independiente en Latinoamérica a principios del siglo XX. Editada siempre por Samuel Glusberg (también conocido por su pseudónimo, Enrique Espinoza), *Babel* contó con dos épocas: en el período 1921-1929 se publicó en Buenos Aires y, durante el autoimpuesto exilio de su editor, entre 1939 y 1951, en Santiago de Chile. En 1941, *Babel* dedicó su número 18 al centenario del nacimiento de William Henry Hudson, con colaboraciones de Glusberg, Franco, los chilenos Manuel Rojas y Ernesto Montenegro y el peruano Ciro Alegría, además de un poema del argentino Hernán Gómez. Debido al carácter de explícito homenaje de este número de la revista, el artículo de Franco merece ser analizado en el marco de la misma.

Si tomamos en cuenta que la intención común de los intelectuales que colaboran con este número es canonizar a Hudson en la literatura latinoamericana y difundirlo, la estrategia de Franco consiste dar esta premisa por sentado desde el principio:

Para mí es indudable que el 4 de agosto de 1841, día en que nace en Quilmes, rincón de la Pampa, en el hogar de unos colonos yanquis, el niño Guillermo Enrique Hudson, es el mayor de la literatura sudamericana. (1941:89)

Franco hábilmente relaciona lugar de nacimiento con tradición literaria, de manera que Hudson nace irrevocablemente dentro de la literatura sudamericana (notemos tanto el uso de la versión castellana en el nombre de Hudson, como el término incluso de “sudamericana” en vez de “argentina”) y el propósito de Franco, entonces, consiste en demostrar no su pertenencia sino directamente su importancia “en la cultura contemporánea” (89)

Siempre más políticamente combativo que Glusberg, Franco comienza criticando la cultura oficial, y la sombra que ésta proyecta sobre la cultura popular. Según Franco, la cultura oficial en América y Argentina está desconectada esencialmente de dos aspectos de la realidad: el pueblo y la naturaleza que, cuando son

tema de obras literarias, no llegan a ser tratados más que de manera forastera o superficial. En esto, justamente, radica el valor superlativo de Hudson, pues Franco lo considera un iconoclasta de las tradiciones culturales arraigadas que, por esto mismo, detenta una suma sensibilidad. Más adelante reivindicará el ateísmo/panteísmo de Hudson, con el cual se identifica, y aprovechará para criticar así la burguesía. Recordemos el origen popular de Franco, quien nació y se crió en un pequeño pueblo de Catamarca, llegando a trabajar de peón, en comparación con el origen burgués y ciudadano de Glusberg.

Franco quiere dar un paso más allá y hablar de Hudson directamente dentro de la literatura argentina. Para esto, comienza no sólo por compararlo sino por encontrarlo en cierto sentido superior a una de las obras más importantes de las letras nacionales, el *Martín Fierro* (1872-1879) de José Hernández. El crítico pondera esta obra como “realizada no sólo con el estilo verbal del pueblo, sino con su más entrañable modo de sentir y de ver, con la respiración de su alma misma” (89-90)⁶, pero considera sin embargo que el *Martín Fierro* es una obra subconsciente, mientras que de las obras de Hudson “irradia una de las más preclaras conciencias del hombre moderno” (90). Según Franco, “[...] en el haber mirado al gaucho desde adentro y no sólo sus modales exteriores, Hudson es el rival de Hernández” (90).

Con respecto a la representación de la naturaleza, también aquí Hudson debe ser reconocido por diferenciarse de otros escritores que Franco acusa de “virgilianismo” o cierto amaneramiento que hace que la representación de la naturaleza resulte indirecta o mediatizada, a través de mitos y símbolos. Según Franco, estos autores (entre los que menciona a Frédéric Mistral, Francis Jammes y Giovanni Pascoli) no conocen el verdadero sentimiento de la Naturaleza que pretenden representar, sino sólo la literatura que utilizan como medio. En cambio, en el extremo opuesto se encuentra Hudson, quien ha insuflado vida a sus obras literarias y mientras que “*éstos van de la literatura al campo, Hudson va del campo a la literatura*” (92).

Desde el punto de vista de Franco, Hudson tiene entonces el doble valor de ser el mejor intérprete del sentir popular y de la Naturaleza. El crítico dedica el resto del artículo a un recorrido por la infancia de Hudson, una estrategia emotiva que pretende, en primer lugar, generar una identificación emocional entre el lector y la imagen infantil de Hudson y, en segundo lugar, justificar al hombre por el niño que fue, lo cual Franco logra al vincular ambas imágenes del naturalista diciendo: “al contrario de lo que ocurre con el común de los hombres [...], Hudson no siente ningún prurito por apartarse de su niñez profunda y gloriosa” (93). En este breve esbozo biográfico podemos reconocer las líneas básicas de la que será, quince años más tarde, su biografía lírica de ese hijo de nuestra pampa, aunque en este artículo elige concentrarse especialmente en la agudeza de los sentidos del pequeño Hudson.

La postura política de Franco favorece la valoración de la dimensión comunicativa en la obra de Hudson. Lo cual nos lleva a la conclusión de su artículo, donde Hudson es ponderado incluso como ejemplo:

Hudson no fue sino un gaucho que no se dejó enredar por la cultura sino que llegó por ella a la plenitud de su experiencia espiritual. Y por eso podemos, reivindicar su grandeza como la nuestra, y lo que es más, mirarlo como un ejemplo de nuestras posibilidades. (101)

En este párrafo final encontramos concentrados todos los elementos que Franco defiende durante su exposición: la identidad gauchesca de Hudson, la desestimación de la alta cultura y, por consiguiente, la valoración de la cultura popular, la pertenencia de Hudson a la cultura americana y la propuesta final: la elevación de Hudson como ejemplo espiritual, artístico y social.

Hudson a caballo (1956): entre el ensayo bucólico y la biografía novelada

A pesar de que fuera publicado en 1956, este ensayo sobre Hudson estaba terminado desde 1953, pero la editorial Peuser, que había solicitado a Franco escribirlo, terminó rechazándolo (Carta de Franco a Glusberg fechada el 22/11/53 en Tarcus, 320).

Hudson a caballo constituye un ensayo biográfico que, a lo largo de sus dieciséis capítulos, aborda de manera novelada los distintos episodios de niñez y juventud de Hudson en la pampa, contando como fuente principal con la versión del propio naturalista, pero también hace una pormenorizada descripción del medio natural y social que lo vio crecer, a tal punto que incluye capítulos enteros en los que no se llega a mencionar al biografiado. Esta característica es típica de autores como Franco, cuyas tendencias socialistas lo impelían a una constante difusión y reivindicación de la figura ya casi extinta del gaucho. Si analizamos los textos que Borges y Martínez Estrada escribieron sobre Hudson en la misma época, notamos que también se reivindica al naturalista en tanto gaucho, para nacionalizarlo definitivamente argentino, pero los críticos no se detienen tanto como Franco en la descripción del gaucho y el medio que lo rodea. El gaucho para ellos es una figura que legibiliza a Hudson, mientras que en Franco hay un ir y venir entre la legibilización/legitimización del naturalista a través del gaucho para el campo literario argentino y la que puede hacerse del gaucho gracias a Hudson.

Un buen punto de partida para abordar el ensayo de Franco que nos ocupa es compararlo con otra obra sobre el naturalista quilmeño. Se trata de *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951) de Ezequiel Martínez Estrada, texto que muy probablemente Franco conoció y consultó, por ser una de los pocos estudios que en la época hacían un recorrido completo por la vida y obra de Hudson⁷. Recordemos también que en la década del veinte Franco y Martínez Estrada forjaron su amistad en el seno de un grupo literario que, junto con Horacio Quiroga y Samuel Glusberg, se nucleó alrededor de la figura de Leopoldo Lugones (cfr. su correspondencia, recogida en Tarcus).

En ambos ensayos resulta clara la inclinación poética de sus autores, aunque también su muy distinto tinte. La prosa poética de Martínez Estrada tiende a la reflexión universal y grandilocuente, mientras que en Franco cobran mayor fuerza las imágenes de la naturaleza. También es claro en ambas obras el influjo del modelo sarmientino de ensayística nacional; de hecho, es curioso cómo ambos autores mantienen una relación conflictiva con la figura de Sarmiento, pues lo admiran sin dejar de criticar ciertas nociones de su pensamiento, y a la vez toman al *Facundo* como modelo genérico de ensayo: así, tanto *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* como *Hudson a caballo* constituyen tanto una biografía de Hudson, un recorrido por su obra literaria y ensayística y un punto de partida para reflexionar sobre la realidad nacional (como Quiroga lo fuera para Sarmiento).

Existen también notables diferencias entre ambas obras: mientras Martínez Estrada hace una biografía sintética de Hudson⁸, principalmente basada en lo que el mismo biografiado narrara en *Far Away and Long Ago* (1918), Franco trabaja de manera muy distinta: las secciones biográficas sobre Hudson y su familia contienen pasajes ficcionalizados, en los que el autor imagina pormenores de los acontecimientos ya narrados por Hudson y Martínez Estrada. Franco también tiene capítulos dedicados al “medio” en que se desarrollara la vida del sujeto biografiado (muy cercano al modelo exegético marxista, pero también en fuerte conexión con ese positivismo del “medio” que nutrió a la Generación del Ochenta y que ya se anunciaba en el *Facundo* de Sarmiento). Esta relación derivativa entre medio e individuo es, tanto en Franco como en Martínez Estrada, un resabio del ensayo sarmientino y, a través de éste, del historicismo y el positivismo del siglo XIX. No por esto la de Franco deja de ser una biografía bastante poética de Hudson, donde el autor elige imaginar constantemente, con multitud de detalles, los momentos que marcaron la vida de “el destinado a ser el quizá más profundo poeta de la Naturaleza” (1956:11), como él mismo lo llama.

Como Martínez Estrada unos años antes y otros muchos críticos de la época, Franco sigue paso a paso la biografía que el mismo Hudson delineara con detalle en *Far Away and Long Ago* (1918), mencionando los mismas anécdotas familiares que el

naturalista nos brindara de primera mano, pero enriqueciendo cada pasaje con descripciones y pormenores extraídos de su propio conocimiento y experiencia de vida en la pampa, además del léxico específico de los fenómenos naturalezas, la flora, la fauna y la cultura gaucha (que a veces Hudson no incluye en abundancia debido a que su obra está orientada hacia un público anglosajón que podría abrumarse), como en este pasaje:

Entre galope y tranco, viajan todo el día. Como ocurre siempre en los inviernos lluviosos, la llanura está llena de manchas de luz, es decir, de espejos de agua. Las aves nadadoras denuncian su paso con entrevero y alboroto de indiada. O es un tero, que avanza con su trote menudito y veloz, deteniéndose de golpe para saludar, inclinando su delgado copete, cuando no es la bandada entera que se alza revoloteando aquí y allá, girando y gritoneando en torno a las cabezas de caballos y jinetes. (1956:25)

Ejemplos como éste hay muchísimos en el ensayo de Franco, pues constituye la técnica principal de su narrativa biográfica, delineando una incipiente novelización de la vida de Hudson. Acerca del resultado de esta técnica y de la distancia que puede generar entre el Hudson histórico y el parcialmente ficcionalizado por Franco, dice Parson:

Quizá el Hudson real no se atenga, punto por punto, a lo que el texto afirma, pero el *Hudson de Franco* rebosa literatura –o sea, vida, según los cánones franquianos– en grado superlativo.

Franco conoce la pampa tan bien como Hudson y sin embargo se esfuerza aún más en describirla. No es como Mahoma en el ensayo programático de Borges (“El escritor argentino y la tradición”), que no incluye camellos en el Corán porque “eran para él parte de la realidad” (Borges, 1998:195). Desde este punto de vista, Borges vería a Franco como al nacionalista árabe que prodiga “caravanas de camellos en cada página”. Y es cierto, el ensayo de Franco bebe copiosamente de la fuente del exotismo y el color local que Borges tanto desdeñara en su etapa más madura, pues Franco fue siempre un orgulloso escritor regionalista y buscaba con ansias emparentar a Hudson

con Argentina y a la Argentina con Hudson. La imaginación de Franco lo guía por los recovecos psicológicos y espirituales de Hudson (diríase que ya vastamente analizados por el naturalista en su autobiografía), hasta preguntarse por la génesis misma de su sensibilidad poética:

Oscuramente el niño siente que las cosas más minúsculas están cargadas de infinito, y que a ratos el misterio parece volverse azul y transparente como el cielo. (1956:31)

Hudson constituye para Franco y muchos otros autores de la época el máximo emblema del gaucho, pero no del gaucho anglosajón o germánico, como valoraría Sarmiento, sino simplemente el gaucho poeta que puede darle voz al gaucho sojuzgado⁹, en el cual Franco valora por sobre todo la vitalidad de su literatura (que vaya del campo a la literatura y no al revés) y su sensibilidad para con la naturaleza y el pueblo criollo:

Franco considera que la hiperbólica vitalidad es una característica esencial de la prosa hudsoniana (o hudsónica, como él deriva el adjetivo). Todo en la literatura de Hudson está vivo y él mismo, al recibir halagos por su obra, solía decir que no eran merecidos, pues su belleza derivaba directamente de la Naturaleza, románticamente elidiendo cualquier mediación entre ésta y el arte.

Franco ve a Hudson también como un gaucho combatiente, que se opone a los avances de la civilización y el progreso, a la crueldad que el hombre inflige al animal y a los mandatos culturales y científicos. A los ojos de Franco, Hudson combate todo esto con su pureza inalterada de niño. Hudson y el gaucho son, para Franco, insurrectos e indomables ante la autoridad.

Si según Franco y Hudson mismo, las mejores cualidades del hombre son las que lo acercan a su origen animal, la literatura vital de Hudson, y el arte en general, quedan así explicados como una expresión natural, “exteriorizaciones de la energía, la gloria y el misterio de vivir” (73). Hudson es tan natural que expresa su alegría de vivir como las plantas y los animales. El valor de su literatura radica, entonces, en su primitivismo y

naturalidad, que le permiten fundirse con el objeto representado (Hudson forma parte de la naturaleza). Y Hudson, “nacido y criado en la tierra más desafortunadamente abierta y más abundante de cielo que se conozca” (75), tiene tímpano para escuchar a la naturaleza y mansedumbre animal para permitir que cante a través de su escritura.

Conclusiones

Nuestro análisis de la recepción crítica que Luis Franco realizó sobre la obra de W.H. Hudson se inserta en el marco de una investigación más amplia sobre la figura de Hudson y su recepción en el campo literario argentino del siglo XX. El estudio de la obra crítica y poética de Franco resulta de especial relevancia para nuestra investigación debido a su profusión (mayor a la de Borges y Glusberg sobre el tema, y comparable con la de Martínez Estrada) y al importante rol, ideológica y organizativamente hablando, que el autor tuviera en la revista *Babel* de Samuel Glusberg (alias Enrique Espinoza). Esta revista constituye uno de los polos desde los cuales el campo literario argentino ejerció los mayores esfuerzos de canonización en el centenario del nacimiento de Hudson.

Como hemos visto, Franco fue un agente activo en la campaña de nacionalización y canonización de W.H. Hudson entre las décadas del treinta y cincuenta. Este período de veinte años coincide también con el auge de la canonización de Hudson en 1941.

El texto de Franco que sirve como punta de lanza en esta cruzada es “Hudson en la Pampa” y es uno de los representantes de un sector de la crítica literaria del período atravesado por una lectura heterodoxa del socialismo y nucleado en torno a la *Babel* de Glusberg. Este número homenaje funciona también como la contracara ideológica de la *Antología de Guillermo Enrique Hudson* a cargo de Fernando Pozzo, publicada también en 1941 y que incluye autores relacionados a la revista *Sur*.

Ambos grupos actúan como reivindicadores de la figura de Hudson gracias a un acuerdo axiomático en torno a que el naturalista debe formar parte de la literatura argentina y a que su lectura, dado que expresa el ser nacional, debe ser reivindicada. Sin embargo, suristas (Borges, Martínez Estrada en aquel momento y, por contigüidad, Pozzo) y babelistas pugnan al mismo tiempo por apropiarse de la figura del autor como emblema, bien sea del relato socialista y americanista planteado por *Babel*, bien sea del relato liberal promulgado desde *Sur*. De esta manera, la labor crítica de Franco dentro del homenaje de *Babel* a Hudson puede considerarse como parte de una operación contraofensiva respecto de una zona hegemónica del campo literario argentino, regida en ese momento por la figura ascendente de Borges.

Ahora bien, Franco no sólo participa de la canonización de Hudson como contribución a la apropiación cultural e ideológica de la revista *Babel*, sino que establece con el autor anglo-argentino una identificación íntima, posible de vincularse con todo su pensamiento sobre la naturaleza y sobre el país y expresado a través de su obra poética.

Como poseedor de un ideal igualitario y revolucionario, su visión de Hudson se halla en las antípodas del derrotismo con que lo construye Martínez Estrada. Aunque ambos consideran al naturalista como un ejemplo moral, Martínez Estrada lo erige en base para una elegía a una pérdida utopía nacional. Franco, por el contrario, con un entusiasmo arraigado en su humilde origen de clase, lo encomiará en tanto “ejemplo de nuestras posibilidades” (1941:101). Esto le permitirá tomar a Hudson como pretexto para toda una revalorización y estilización de la vida en el campo, con la cual se remite directamente, no al estático criollismo que construyó la oligarquía, sino al desdeñado mundo de vida de la clase popular de su tiempo, una clase que tiene, al decir marxista, “nada que perder y un mundo por ganar”.

© **Eva Lencina**

Notas

1 La primera y clásica traducción de la obra de Hudson es *Allá lejos y hace tiempo* (1938), a cargo de Fernando Pozzo y Celia Rodríguez Pozzo, matrimonio estudioso de la obra del quilmeño y también responsable de la ubicación de su solar natal (Los veinticinco Ombúes), donde en la actualidad funciona el Museo William Henry Hudson.

2 Como lo atestiguan las múltiples menciones a Trotski en su obra, incluyendo el poema en homenaje a Trotski en 1940, a causa de su reciente asesinato, y el poemario *Trotsky* de 1967. Véase también Paredes, 2010.

3 La estancia “Los veinticinco ombúes” en Quilmes, adquirida por el padre de Hudson en su llegada a Argentina en 1839, vería nacer al autor. La familia se mudaría luego en 1846 a la finca “Las acacias”, en Chascomús, donde Daniel Hudson intentaría administrar una pulpería luego de fracasar en la cría de ganado. Más adelante, la familia volvería una vez más a “Los veinticinco ombúes”.

4 Al año siguiente, Franco incluye “Presencia de Hudson” en su poemario *Suma* (1938:159-160) y ulteriormente vuelve a ser publicada, esta vez por la revista *Babel* N°58 (1951:51).

5 Huelga decir que una comparación con el carácter del englishman que Hudson suele utilizar como protagonista y parcial alter-ego de sus obras sería impensable para un crítico de la orientación de Franco

6 Recordemos que las tendencias socialistas de Franco, compartidas también por Glusberg y que dictan las orientaciones generales de *Babel*, determinan que las consideraciones sociales siempre jueguen un papel preponderante en su escala de valores estética y artística. De esta manera, Hudson supera a Hernández porque es capaz de expresar el verdadero sentir del pueblo y del gaucho, y no sólo de representarlo a través de rasgos pintorescos.

7 En este ensayo, Martínez Estrada recorre la vida y obra de Hudson desde la admiración, pero también proponiendo su pensamiento como una utopía, perdida como posibilidad para la Argentina pero no por eso carente de valor reflexivo.

8 Martínez Estrada divide su ensayo sobre Hudson en dos secciones: “Vida y mundo” y “Obras ideas”, donde se dedica a hacer un repaso de la obra narrativa del quilmeño y lo caracteriza como un conciliador de dicotomías o aunador de contradicciones, siendo la más importante la dupla civilización y barbarie.

9 Cuando Franco valora a Hudson como gaucho, notemos que hay otro personaje reivindicado en su obra como un “gaucho inglés”: Mariano Rosas, ahijado de Rosas, tiene un capítulo aparte en el ensayo de Franco titulado *Los grandes caciques de la*

Pampa (1967:79-92), titulado a su vez “Mariano Rosas: un coronel literato y un cacique de poncho inglés”, aunando en su figura la literatura y la dimensión telúrica.

Bibliografía

AAVV. *Babel. Revista de arte y crítica*, 21.18. Homenaje a Guillermo Enrique Hudson en el centenario de su nacimiento (1941).

AAVV. *Babel. Revista de arte y crítica*, 12.58 (1951).

AA.VV. *Antología de Guillermo Enrique Hudson (precedida por estudios críticos de F. Pozzo, E. Martínez Estrada, J. Casares, J.L. Borges, H.J. Massingham, V.S. Pritchett, H. Manning)*. Buenos Aires: Losada, 1941.

Ara, Guillermo. *Guillermo E. Hudson. El paisaje pampeano y su expresión*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Argentina, 1954.

Avellaneda, Silvana. “La leyenda de un ‘orejano’ indomable” en *Revista Ñ*, 23/01/2010.

Borges, Jorge Luis. “El escritor argentino y la tradición”. *Discusión*. Madrid: Alianza Editorial (1998):188-203.

Farías, Matías. “Luis Franco: el escriba de los despreciados”. *El río sin orillas. Revista de filosofía, cultura y política*, 2.2 (octubre 2008): 278-289. Web. 31 de oct. 2016.
<<http://elriosinorillas.com.ar/pdf/revista2/tramas.pdf>>

Ford, Ford Madox (1921) *Thus to Revisit*. London: Chapman & Hall. La traducción es nuestra.

Franco, Luis. “Autobiografía”. *América inicial*. Buenos Aires: Babel, 1931.

---. “Presencia de Hudson”. *Revista de la Sociedad de Escritores de Chile*, 6 (1937): 39-40.

---. *Suma*. Buenos Aires: Perseo, 1938.

---. “Hudson en la Pampa”. *Babel, Revista de Arte y Crítica*, 21.18 (1941): 89-111.

---. *Hudson a caballo*. Buenos Aires: Alpe, 1956.

---. *Constelación. Antología general*. Buenos Aires: Stilcograf, 1959.

---. *Poesía de Luis Franco*. Buenos Aires: Eudeba, 1964.

---. *Los grandes caciques de la Pampa*. Buenos Aires: Ediciones del Candil, 1967.

---. *La Pampa habla*. Buenos Aires: La Verde Rama, 1968.

- . *Insurrección del poema*. Buenos Aires: Colihue, 1979.
- . *La pampa habla* (estudio preliminar de Daniel Campione). Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2008.
- Jurado, Alicia. *Vida y obra de W.H. Hudson*. Buenos Aires: Emecé, 1988.
- Millán, Juan. “El hombre y el poeta de Suma”. *Poesía y Verdad de Luis Franco*. Buenos Aires: Ediciones Perseo, 1941. 13-53. Impresa.
- Moreno, Lucas. “Insurrección del poema. Hombre de letras y oficios” (Introducción). Franco, Luis. *Poesía de Luis Franco*. Buenos Aires: Eudeba, 1964. 5-15.
- Paredes, Demian. “Luis Franco fue trotskista, también”. *La verdad obrera*. 2010. Web. 31 de oct. 2016. <www.pts.org.ar/Luis-Franco-fue-trotskyista-tambien>
- Parson, Guillermo. “La obra ensayística de Luis Franco”. *Revista Socialismo o Barbarie*, 19 (diciembre 2005). Web. 31 de oct. 2016. <http://socialismo-o-barbarie.org/revista_19/051215_10_luis_franco.htm>
- Pickenhayn, Jorge Oscar. *El sino paradójico de Guillermo Enrique Hudson*. Buenos Aires: Corregidor, 1994.
- Tarcus, Horacio (ed.). *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*. Buenos Aires: Emecé, 2009.
- Walker, John. “W. H. Hudson, Argentina, and the New England Tradition”. *Hispania*, 1 (marzo 1986):34-39.